

Retrato en la pared

No la conocí y, sin embargo, su retrato está en la pared. Sus ojos, como tantos que nos miran desde su época, son los de una inocencia perdida, condenada sin contemplaciones a una infame volatilidad. La suavidad de sus facciones delata una juventud que se aferra a su gesto, ajena a la negrura del vestido que bordea su cuello.

Sus pasos apenas se alejaron del pequeño pueblo en que nació. Posiblemente sus labios nunca rozaron el champán, ni su piel la seda o las medias de cristal. Nunca he sido capaz de imaginar sus manos. Este detalle, por sustancial, me recuerda cada vez que pienso en ella que sólo somos dos desconocidas, que nuestros caminos se trazaron condenados a no compartir un sólo amanecer.

Siempre escuché que el sabor de una decisión ajena tentó con lastrar su vuelo alejándola de mi bisabuelo. Conocer la firmeza de su determinación de casarse con él me brindó una razón cristalina para admirarla.

Me pregunto si atesoró algún libro, un anillo, sueños, o quizá las cartas de un firmante del que ya sólo queda una brizna de olvido. Si le gustaba ver morir el sol en la infinidad de Castilla tanto como a mí. Si bailaría a Gardel entre los brazos de mi bisabuelo. Si le atosigaba el futuro como hace conmigo, si se arrojaba al abrazo de los días o tan sólo aprendió a no hacerse preguntas. Si confesaba, si comulgaba como quien besa o como quien cumple. Si la guerra le arreó el alma, si era de ellos o de nosotros. Si el papel de la cartilla de racionamiento pesaba demasiado. Si mi sonrisa era la suya, porque hay cosas que un retrato no desvela por mucho que una mirada se ahogue en él. Lo que sintió cuando la vida se sentó frente a ella para decirle, entre el dolor de un parto imposible, que debía soltar su mano para dejarla ir.

No la conocí, y los hijos que aún no tengo, claro está, tampoco lo harán. Si bien, sé que su retrato permanecerá siempre en la pared.